



conversación con EL EMBAJADOR DE FILIPINAS EN MADRID

LA sede de la Embajada de Filipinas en Madrid es como un barco cuya proa cortase las aguas de la plaza de Alonso Martínez. Desde los amplios balcones de sus despachos se divisa una ciudad que lo mismo puede ser la capital de España que un barrio residencial de París.

El embajador, don León María Guerrero, es un hombre joven, con cierto aire deportivo en su aspecto físico y en la conversación.

—Nací en 1915, en plena guerra mundial. Como a nosotros en Filipinas no nos afectaba casi nada, aquella circunstancia bélica no ha tenido influjo sobre mí.

UNA FAMILIA EXCEPCIONAL

Su padre, don Alfredo León Guerrero, era médico y llegó a ser decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Central.

—Mi madre fue la primera farmacéutica filipina. Bueno, también su hermana fue la primera mujer abogado de Filipinas. Las dos fueron educadas después del cambio de régimen, en aquel momento en que la mujer, digámoslo así, empezó a salir del claustro para estudiar en la Universidad.

La familia del embajador es muy conocida en Filipinas por los muchos médicos y artistas que han sido populares, pues al margen de la ciencia, el que no pintaba se dedicaba al periodismo o a la literatura.

—De mi generación soy el único que no he estudiado Medicina, porque mi hermano, mi padre y todos mis primos son médicos. Mi tío carnal, hermano único de mi padre, fue el primer obispo de Lingayen, de San Fernando y auxiliar de Manila. Su nombre: César María Guerrero. También fue una excepción al no estudiar Medicina. Mi abuelo León María fue el primer botánico filipino y Rector de la Universidad Revolucionaria de la primera República filipina y ministro. Luego, mi tío Fernando María fue el famoso poeta de la Revolución.

Entre los doctores destacaron su tío Manuel, escritor de cuentos y descubridor de la droga para curar el beriberi, que es una enfermedad muy típica en el Oriente por comer demasiado arroz blanco sin las vitaminas necesarias.

ACTIVIDAD PERIODISTICA

1935. Bachiller en Artes. Cuatro años después, bachiller en Leyes en el Philippine Law School.

—Siempre me ha gustado escribir. Por eso cuando terminé el bachillerato y comencé los estudios de Derecho, se me ofreció un puesto de subdirector y jefe de redacción en la revista "Philippines Free Press", el semanario de mayor circulación de Filipinas. A mi edad era un poco inusitado, pues creo que fui el periodista filipino mejor pagado en aquellos días.

Tenía entonces veinte años.

—Por eso me casé joven, pues aquel dinero me ayudaba para empezar a vivir.

Dos o tres veces a la semana, "Philippines Free Press" publicaba una columna firmada por León María Guerrero.

—En 1940 me ofrecen el puesto de Fiscal en la Fiscalía General de Filipinas. Pero yo no dejaba por ello de ser

periodista y de escribir. Tengo que decir que dependía todo de mis fortunas políticas. Entonces cuando no estábamos en el poder volvía al periodismo activo. También me dediqué mucho a la radio, donde interpretaba todas las noches noticias de política internacional y de política interior, siempre en inglés. Debí desempeñar este trabajo por lo menos diez años seguidos.

El embajador de Filipinas tiene, en efecto, una voz muy radiofónica.

España fue siempre una palabra entrañable en el seno de la familia Guerrero.

—¿Qué contactos tuvo usted con España desde el punto de vista intelectual?

—Es difícil de explicar. En Filipinas hay tres sitios donde por aquel tiempo, y creo que aún seguirá lo mismo, se hablaba el español corrientemente. Estos lugares eran: en mi barrio de la Ermita de Manila, en Cavite —donde tuvo lugar la famosa batalla— y en Zanguanga, que es una provincia lejana del sur, donde está el puerto del Pilar.

Recuerda el embajador que de niño hablaba el español en su casa.

—Mis lecturas de niño fueron siempre en español.

Si las primeras palabras y las primeras lecturas son en el mismo idioma, la raíz es profunda y queda para siempre.

—El español que hablo ahora es recuerdo de la juventud que he remozado durante mi estancia en Madrid.

El embajador León María Guerrero habla el castellano sin acento, con la misma pureza que un toledano.

—¿Habla usted aún el español en familia?

—Con mis padres y con mis hermanos, siempre. Con mi esposa hablo más bien el inglés. En la Embajada hablo el tagalo. Como escritor me siento más a mis anchas escribiendo inglés, pues me eduqué en este idioma.

CARGOS Y PREMIOS

1942. Primer teniente del Ejército de Filipinas. 1943. Primer Secretario. Es destinado a Tokio a la Embajada de la segunda República filipina, donde ha de permanecer dos años.

1946. Jefe de Protocolo del Departamento de Asuntos Extranjeros, de la tercera República filipina. Un año después, Jurisconsulto del Senado.

—¿Qué premios literarios ha tenido?

—Recientemente, dos. Uno, el Premio Nacional de Biografía con una obra titulada "El primer filipino", que se refiere a Rizal y que fue galardonada en 1961, con motivo del centenario. También he obtenido en 1963 el premio Zobel por una colección de ensayos y discursos.

El año 1954 es muy movido en la vida de León María Guerrero, pues es nombrado Subsecretario (Vice-Ministro de Asuntos Extranjeros); Secretario (Ministro) accidental, también de Asuntos Extranjeros y Miembro del Consejo de Economía Nacional.

PRIMER EMBAJADOR FILIPINO EN GRAN BRETAÑA

Fue el primer Embajador Extraordinario y Plenipotenciario a Londres.

La conversación, por los cauces literarios, se extiende mucho todavía.

—Estuve en Londres ocho años.

—¿Cuáles fueron sus grandes problemas allí?

—Pues que nadie sabía dónde estaba Filipinas ni les importaba tampoco. Es muy distinto venir a España como embajador de mi país. Aquí Filipinas es algo como de familia. Ocupamos con respecto a España el mismo lugar que la India, Birmania, Ceilán, respecto a Inglaterra.

El sol entra en el despacho del embajador de Filipinas y pone su acento gracioso en la caja de plata que hay sobre un velador, en los retratos al óleo y en los muebles.

—Aquella tranquilidad de Londres me permitió, siendo embajador, trabajar en dos traducciones al inglés de las famosas novelas de Rizal, que se editaron en Londres mismo. También terminé la biografía que me premiaron y dos o tres ensayos más. Vamos, que lo pasé bastante bien.

LA VIDA DIPLOMATICA EN MADRID

En todo momento nos parece que hablamos con un escritor de raza. Porque

León María Guerrero es eso fundamentalmente: un hombre de Letras.

—¿A qué escritor español ha leído usted más?

—Pues, francamente, hasta que vine a Madrid no había leído muchos autores españoles. Desde que he llegado leo mucho a Galdós.

Esta coincidencia con el embajador nos llena de alegría. Porque Galdós, que es el Balzac español, ha permanecido olvidado y muy poco leído por la joven generación de la posguerra.

—Antes de venir a Madrid me gustaba mucho leer a Fernández Flórez.

Hablamos de aquel caballero español que fue Wenceslao Fernández Flórez, nuestro primer humorista contemporáneo, el de mayor talento, que no ha tenido discípulos capaces de seguirle.

—"Paralelo 40", de Castillo Puche, me pareció bastante interesante. En general, no sé si será discreto decirle que muchas de las novelas que he leído aquí, así como muchas de las películas españolas, me parecen muy calcadas del patrón americano. Vamos, que tienen mucho mimetismo.





—¿Qué vida hace ordinariamente en Madrid, embajador?

Se ríe, sin duda por tener que revelar un secreto.

—Yo soy muy perezoso, le advierto. ¿Quiere usted que le detalle? Me despiertan a las ocho y media, tomo una taza de té por todo desayuno y después me meto en la bañera. Me gustan unos baños largos y allí leo la Prensa, es decir, los tres periódicos de la mañana. Después llego a la oficina sobre las diez y media o las once y regreso a casa a las dos de la tarde, que es a la hora en que se cierra la Embajada. Almorzamos mi mujer y yo, regularmente, sobre las tres o las tres y media y luego me doy una buena siesta. Si hay algo que hacer vuelvo a la Embajada por la tarde, que está abierta hasta las siete. Y después, nada. A mí me gusta estar en cama leyendo un libro. No soy aficionado a los deportes.

Al embajador le gusta Madrid por muchos motivos de afinidad.

—Si tendrá mucha vida social...

—Desde luego; pero no tanto como en Londres. Allí hay que ponerse casi todos los días el frac y el chaquet. Las fiestas son enormes, con mil o dos mil invitados. Me gusta más, sin embargo, Madrid, donde esta actividad es más familiar, más íntima y donde todo el mundo se conoce.

ALGUNOS PROBLEMAS

A través de la conversación con el embajador de Filipinas, da la sensación de que su vida es muy apacible.

—¿Es que no tiene grandes problemas?

—Pues no, porque siempre nos hemos llevado muy bien con el Ministerio y porque las relaciones entre España y Filipinas son admirables. Durante mi estancia aquí, las tres cosas que nos han dado un poco de trabajo han sido: primero, la visita oficial del Presidente; segundo, la visita del Ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, a Filipinas; tercero, el problema del español en Filipinas. Eso me ha molestado extraordinariamente, porque es muy difícil explicar a los españoles por qué en Filipinas ya no se habla el español. Y siento que los españoles lo sientan, pues es preciso explicar qué razones históricas ha habido y qué razones políticas y económicas han influido en esta situación. O, mejor dicho, qué razones crearon esta situación.

COLOFON

La entrevista con el embajador de Filipinas se margina hacia la literatura anecdótica y pronto es como una agradable tertulia.

—Señor embajador, una última pregunta, volviendo a la misión que me ha traído aquí: ¿Cuántos filipinos viven en Madrid?

—Creo que unos mil, estudiantes en su mayoría. Ocurre con los estudiantes filipinos que vienen a Madrid que luego no se quieren ir. Entonces prolongan su estancia con diversos pretextos... ¿Usted me comprende?

Volvemos a hablar de libros.

A las dos y media de la tarde, el regreso por los bulevares vuelve a recordarnos París.

